

Durante el lapso marzo-abril de 1999, el acontecer mundial estuvo centrado en la crisis de Kósovo, que enfrentó a la alianza atlántica (Norteamérica-Europa Occidental) a la República Yugoslava, con motivo de los atropellos que ésta cometió contra la minoría albanesa que vive en su seno, pero también a causa de fundamentales motivos estratégicos.

En el ámbito americano, un proceso de cardinal importancia lo constituye el choque entre la democracia representativa y la tentación autoritaria en algunos países. También es de significación fundamental el esfuerzo de renovación sindical en la región.

Hubo novedad en el frente de la "guerra del banano", mientras la situación económica y financiera global seguía incierta.

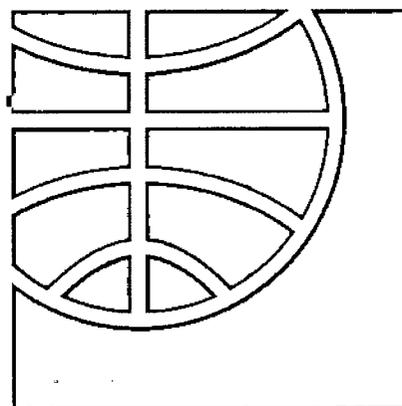
Kósovo: Una guerra perniciosa

Desde hace varios meses se había venido agravando la tensión entre el régimen serbio-yugoslavo del presidente Slobodan Milosevic y las potencias occidentales, enmarcadas en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). El motivo de dicha tensión era el problema de Kósovo: la población albanesa de esa provincia serbia protestaba con energía cada vez mayor -y con razón- contra la política represiva del presidente Milosevic y sus hombres, que desconocía cualquier derecho de los kosovares (albanesa de Kósovo) a una autonomía siquiera cultural. Ante las protestas de los kosovares, Milosevic intensificaba la represión y cometía abusos y homicidios reñidos con las nociones universalmente aceptadas de respeto a la dignidad humana. La OTAN amenazó con represalias armadas si el gobernante yugoslavo no cesaba en su acción brutal que, en grado cre-

ciente, empujaba a los kosovares a huir de su tierra ancestral hacia países vecinos, como Albania y Macedonia, o hacia el Occidente. De las amenazas vagas, se pasó al ultimátum concreto y, al expirar el plazo fijado, las fuerzas de aviación de la OTAN iniciaron sus operaciones de bombardeo a blancos militares en Serbia, incluida su capital de Belgrado. Milosevic, en lugar de retroceder, tomó los ataques aéreos occidentales como pretexto para incrementar grandemente su acción represiva en Kósovo y, de hecho, expulsar o deportar a los pobladores kosovares por centenares de miles.

La ofensiva aérea de la OTAN contra la Yugoslavia de Milosevic esta vez no se debió en primer término a una actitud dura de los Estados Unidos, sino que obedeció en igual o hasta mayor grado a la implacable hostilidad de los europeos occidentales hacia el "hombre fuerte" serbio y su régimen. En cierta medida, este protagonismo europeo en la guerra contra el gobierno yugoslavo se debe al sentimiento de culpa de quienes no supieron hacer nada efectivo para parar las masacres en Bosnia unos años atrás, sino que en aquella ocasión dejaron toda la responsabilidad a los norteamericanos. Esta vez, Europa Occidental quería demostrar que también sabe pelear cuando sea necesario. Además, los partidos socialistas democráticos que actualmente gobiernan la mayoría de los países de la Unión Europea y de la porción europea de la OTAN sienten una aversión y rabia particularmente fuerte hacia Milosevic, cuyas política autoritaria combina elementos del estalinismo con otros característicos de un ultranacionalismo agresivo.

Sin embargo -y ésto preocupa no sólo a Rusia, amiga y protectora tra-



dicional de Serbia, sino también a los países en desarrollo de Asia África y América Latina- no se justifica, en los términos del derecho internacional vigente, que una alianza militar regional como lo es la OTAN se arrogue el papel de policía internacional y tome las armas contra un Estado soberano, sin contar con la autorización de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que es la única entidad con autoridad universal y suprema y con el derecho de dictar medidas militares de mantenimiento de la paz y la seguridad. La OTAN alega que la ONU no hubiera podido actuar porque Rusia y China habrían ejercido su derecho de veto para paralizar cualquier decisión del Consejo de Seguridad. Pero ello no excusa ni justifica el hecho de que la OTAN ni siquiera haya intentado seriamente recabar el apoyo de la organización mundial y tratar de ubicar su acción armada bajo la autoridad de ella. (Al respecto, cabe recordar el hecho de que en 1950, cuando el Consejo de Seguridad no pudo tomar ninguna decisión firme sobre la crisis de Corea, se movilizó a la Asamblea General de la ONU que, en uso de sus poderes residuales, dictó la resolución "Unidos por a Paz").

Una acción unilateral, no refrendada por la ONU, incluso por parte de un grupo de Estados tan democráticos y respetables como lo son actualmente los de la OTAN, constituye una potencial amenaza para todos

INTERNACIONAL

los países del mundo. Hoy el objeto del ataque es Yugoslavia; mañana podría ser cualquier otro Estado que provoque la ira del Occidente.

Por otra parte, la operación militar de la OTAN ha tendido, hasta ahora, a causar más males que beneficios. Ante ella, los albanos-kosovares sufrían atropellos que no llegaban hasta la expulsión masiva y sistemática de su tierra ancestral, y mucho menos al "genocidio" de que hablan exageradamente -incluso hoy-algunos comentaristas.

Fue en respuesta a los ataques aéreos occidentales, que Milosevic comenzó a sistematizar y ampliar las expulsiones de la población kosovar, y lo que era un problema de refugiados que se contaban por miles, se ha convertido en una catástrofe de cerca de un millón de infelices refugiados, con los cuales el Occidente no sabe qué hacer.

Por otra parte, los ataques de la OTAN han tenido el efecto, no de debilitar, sino más bien de fortalecer a Slobodan Milosevic y sus colegas nacionalistas serbios. Convencidos de que la OTAN trata de despedazar a la nación serbia, la basta mayoría de su pueblo hoy rodea y apoya a Milosevic.

Asimismo, el efecto de la guerra desencadenada por la OTAN es el de provocar una creciente unidad antioccidental de un bloque eslavo integrado por Rusia, Serbia y Belarus (Bielorrusia). En Moscú se están fortaleciendo los nacionalistas autoritarios y sus aliados, los comunistas, en torno a una nueva versión de la vieja doctrina eslavófila: noción de una misión histórica sagrada de Rusia como conductora y protectora de los pueblos de lengua y cultura eslavo-bizantina.

Los nacionalistas rusos y serbios no se equivocan, desde luego, en perci-

bir la existencia de un vasto conflicto geopolítico subyacente al conflicto de Kósovo. Desde el colapso del bloque "socialista" o soviético en 1989, engranaje occidental de intereses políticos, militares, económicos e ideológicos-culturales ha venido procurando su expansión hacia el Este. Sin que exista un centro único de formulación de estrategias, no cabe duda de que los diversos polos de decisión sectoriales del Occidente tienden a la convergencia y la coordinación de sus iniciativas en el marco de un movimiento geoestratégico general de penetración y "anexión" de Europa Centro-Oriental. Ideológicamente, ese avance geoestratégico hacia el Este esgrime los principios de la democracia política, del respeto a los derechos humanos, y de la economía del mercado ampliamente desregulada.

Su efecto humano tiende a ser liberador y progresista en lo político, pero desgraciadamente opresor y empobrecedor en ciertos ámbitos sociales, ya que promueve liberalizaciones económicas de excesivo costo en materia de desempleo, subida de precios, deterioro de los servicios de salud y educación, y concentración de la riqueza en pocas manos privilegiadas.

Las fuerzas "orientales" -principalmente rusas, serbias y bielorrusas- que resisten a esa expansión geopolítica del sistema occidental, invocan ideales nacionalistas o patrióticos por un lado, y socialistas por el otro. Yuri Ziuganov, líder del Partido Comunista Ruso, en un reciente libro desarrolla la idea (más bien social-nacionalista que marxista) de que los pueblos del espacio euro-asiático, rusos, chinos, turcomongoles, etc. poseerían, como elemento cultural común, un sentido "progresista" de solidaridad comu-

nitaria que contrastaría con el individualismo rapaz de la civilización occidental. Es una generalización históricamente cuestionable y peligrosa, como lo es también, en el seno del bando opuesto, la generalización neoliberal-globalizadora. En todo caso, se ve claramente que la ofensiva militar de la OTAN contra Serbia alienta la formación de un vasto frente de hostilidad y desconfianza entre un campo geopolítico occidental y otro oriental.

Afortunadamente, en los últimos días han surgido algunos elementos que podrían abrir el camino hacia una pacificación entre el Occidente y Yugoslavia. El secretario general de la ONU, Kofi Annan, ha propuesto un plan de paz que la OTAN está comenzando a aceptar por lo menos parcialmente. Según ese plan, las fuerzas internacionales que cabría estacionar en Kosovo no serían exclusivamente de la OTAN sino tendrían un carácter mucho más amplio y diversificado. Sin excluir a los rusos, que deben jugar un papel importante en cualquier arreglo. Los pequeños países del mundo, y sobre todo los que se encuentran en desarrollo, tienen interés en apoyar esa tendencia, que apunta a reafirmar la autoridad de las Naciones Unidas frente a la regionalista de la alianza atlántica, y a reducir la tensión geoestratégica en Europa del Este.

Democracia y autoritarismo en América Latina

Durante las semanas transcurridas, llegó a su punto culminante y luego halló solución la aguda crisis paraguaya.

Desde hace un tiempo considerable, el hermano país sureño sufría una división de su partido político predominante, el Partido Colorado.



HORA INTERNACIONAL

El ex-presidente Wasmosy encabeza una corriente colorada democrática en tanto que su sucesor, el recién destituido presidente Cubas, representaba una tendencia de apoyo al general golpista Lino Oviedo. Ese militar populista autoritario había sido enjuiciado luego de un fracasado golpe contra el Estado de Derecho. Fue condenado a la pena de prisión correspondiente al delito de rebelión armada, pero el presidente Raúl Cubas intentó ponerlo en libertad y devolverle los derechos políticos que le permitirían postularse como candidato a la jefatura del Estado.

Con digna e inquebrantable firmeza, la Corte Suprema de Justicia de Paraguay defendió la posición de que el general Oviedo debía permanecer preso y con derechos políticos suspendidos, y en ello recibió el apoyo de toda la opinión pública democrática (tanto de la oposición como del seno del propio Partido colorado). Luego entraron en acción las masas populares. Cubas, además de pro-dictatorial, se había mostrado incapaz de mejorar la situación socioeconómica del país y por ello su impopularidad creció explosivamente a medida que pasaban las semanas. Cundió una huelga general y se paralizó la economía del país. Las fuerzas armadas, por instinto institucional y además presionadas por el Pentágono y por sus hermanos de armas de Brasil y de Argentina, se mantuvieron tranquilas y sobre todo sordas ante todo canto de sirena del general Oviedo. La crisis terminó con el enjuiciamiento y la destitución del presidente Cubas por el Congreso paraguayo, en plena conformidad con la Constitución imperfecta pero perfectible. La democracia representativa -ella también plena de fallas pero capaz de ser perfeccionada- ha superado su crisis, y la esperanza de

una evolución hacia mejores condiciones políticas, económicas y sociales ha vuelto al Paraguay.

La crisis paraguaya ha hecho que todo el hemisferio profundice y renueve sus reflexiones sobre la democracia y el autoritarismo. Sin duda, aquella ha sufrido en todos los países de Latinoamérica (y también de Norteamérica) serios deterioros debido a su formalismo, a su aprovechamiento por oligarquías económicas y, últimamente, por sus excesivas concesiones al fundamentalismo neoliberal. En países que, a diferencia de Paraguay, ya llevan varias décadas sin dictadura, el olvido reforzado por el sabotaje neoliberal al estudio de la historia, ha hecho que hoy grandes contingentes populares se dejen tentar por fórmulas autoritarias y militaristas. Ello requiere, por parte de los demócratas, una doble respuesta: 1) Resistir al autoritarismo y desenmascararlo, y 2) limpiar y mejorar la democracia y sus instituciones.

La institución más esencial -pero lamentablemente la más olvidada e ignorada por muchos demócratas y promotores de una vaga e indefinida "sociedad civil"- es el sindicalismo. El sindicato de trabajadores, multiplicado, ampliado y difundido, es la única institución que, bajo el régimen capitalista, tiene la capacidad de llevar a cabo una efectiva y concreta lucha social, dando impulso vanguardista a las demás fuerzas que anhelan dar contenido social a la democracia.

De allí que, durante el mes transcurrido, tal vez el acontecimiento más importante en el ámbito latinoamericano lo constituya el 4º Congreso Extraordinario de la Confederación de Venezuela (CTV), considerada por la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) como la relativamente más

limpia, eficaz y democrática de las organizaciones laborales de Latinoamérica. El éxito que esa organización tenga en su esfuerzo de renovación interna determinará en considerable medida las futuras posibilidades de crear una América Latina con democracia representativa mejorada y liberada de tentaciones autoritarias.

Nuestro próximo número



Democracia
Popular